



6631mo
DT/EC.7.
C.3.

Documento de Trabajo
FLACSO - Programa Chile
Serie: Educación y Cultura Nº7
Santiago, Mayo de 1991.

14.377.

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO

Bibliografía
por el autor
del libro
publicado
por el
FLACSO

S E R I E
Educación y Cultura

MODERNIDAD Y CULTURA EN
AMERICA LATINA: UNA DISCUSION
CON JOSE JOAQUIN BRUNNER.

102.-

Enrique Gomariz

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la exclusividad de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

S U M A R I O

1. APERTURA.....	1
2. PRECISANDO LO IMPRECISO.....	3
3. PORFIADA MODERNIDAD.....	7
4. MODERNIDAD PERIFERICA.....	15
5. TEMIDA POSTMODERNIDAD.....	23
6. CONCLUSIONES.....	39

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

1. APERTURA

Cuando Marshall Berman responde a las críticas que Perry Anderson hace de su libro sobre la modernidad, Todo lo sólido se desvanece en el aire, concluye que lo fundamental para poder captar el sentido del cambio cultural consiste en ser capaces de "leer las señales de la calle".(1)

Algo semejante propone recientemente Jose Joaquín Brunner, frente al "macondismo" y otras respuestas negativas a la pregunta de "si acaso son modernas las actuales sociedades latinoamericanas, al menos tomadas por la conformación de sus culturas".(2)

Porque, ni el "macondismo", esa actitud cultural que pretende interpretar América Latina a través de las bellas letras, que propone el predominio tradicional de la naturaleza del continente frente a la cultura, una naturaleza que de forma mágica-real modela la forma latinoamericana de vivir y que mantiene la esperanza de hacer de América el lugar de donde surgirá una "racionalidad alternativa" para Occidente, ni tampoco la respuesta "diferencista", que duda de la modernidad latinoamericana al mostrarla a medias, enfatizando sus carencias y definitivas diferencias con el Norte, están siendo capaces de leer las señales de la calle, los signos de los tiempos, o, como prefiere decir Brunner, "las referencias de contexto".(3)

En realidad, macondistas y diferencistas estarían reaccionado precisamente contra el desvanecimiento de lo sólido, rechazando la falta de sentido único, la carencia de orden -ni de nación, ni de clase, ni de ningún otro tipo- que significan hoy las culturas de América Latina. Buscan o padecen un gran desencuentro con la modernidad.

Si aceptaran analizar lo que sus ojos no tienen más remedio que ver ¿ que percibirían del subcontinente ?

Esos cuerpos que bailan sin seguir un estilo. Las figuras que desaparecen. ¿ Los espejos trizados ? Una fiesta popular, quizás la caída de un dictador. Una representación religiosa. La muerte. Esa ventana por donde entra el mar. La ciudad enorme que se enciende de neón y ruidos. ¿ Hongkong ? ¿ Rio ? Una sirena. Rock urbano y algo de salsa. Un disparo. Tal vez aplausos. El parloteo simultaneo de los televisores y la gente. El desfile que ruge afuera. La pareja que sale del cine en que previsiblemente proyectan Dick Tracy. Los gritos de la mesa vecina donde discuten sobre la identidad latinoamericana. Y un poco mas allá, atento a todo, un intelectual con lentes y nariz oteante, pensando que esta confusión actual es la modernidad.

2. PRECISANDO LO IMPRECISO

De la cultura latinoamericana -dice Brunner- no podemos hablar por el momento sistemáticamente. Pero para ser capaces de hacer alguna descripción, intentar siquiera una mirada sobre el paisaje cultural en movimiento, se hace necesario fijar algunas convenciones, aunque sólo sea para poder comunicarnos. Advertencia para navegantes: ojalá que ese relato (cualquiera) "asuma la independencia de los fragmentos, la ausencia de identidades, la falta de principio de totalidad y la carencia de una síntesis ordenadora".(4)

Por comodidad, veamos primero el guión del relato.

Brunner sostiene que América Latina presenta una cultura moderna -frente a los que la niegan o la ponen en duda- pero únicamente desde la década de los años cincuenta, puesto que antes lo que hubo no era cultura moderna sino tradicional.

Como nos movemos en este terreno asistemático, inmediatamente se nos indica qué cultura y cual modernidad.

En el curso de este relato, por cultura se debe entender "los procesos de producción y transmisión de sentidos que constituyen el mundo simbólico de los individuos y la sociedad".(5) Es decir, se nos anticipa que se trata del análisis que se reconoce como específicamente cultural y no, por ejemplo, la cultura en su sentido antropológico, holístico, al decir de Harris.(6)

En cuanto a la modernidad, Brunner no nos ofrece aquí una definición tan explícita. En un trabajo anterior se usaba la idea de Berman sobre la pasión moderna que nos introduce a todos en un remolino de desintegración y renovación, de lucha y contradicción.(7) Ahora se pone el acento en que sólo interesa una modernidad específica: la cultural. En todo caso, parece

aceptarse la idea general que se tiene frecuentemente de modernidad y ello a través de Habermans, para quien la noción de subjetividad moderna significa: individualismo, derecho de crítica, autonomía de la acción y filosofía idealista. Y Brunner agrega que estos cuatro principios son los que se realizan a través de la Reforma, la Ilustración y la Revolución francesa; aunque inmediatamente señala: "o sea, todo lo que nos faltó y estuvo ausente en la historia intelectual de la Nueva España".(8)

Cuando se pone tanto énfasis en que se hablará del ámbito cultural de la modernidad, en realidad, se quiere apuntar que "la cultura accede a la modernidad cuando realiza su autonomización de los demás órdenes de la sociedad y diferencia, dentro de sí, una diversidad de subcampos especializados. Es este un conocido y antiguo teorema de la sociología y la historia de la cultura, que Max Weber analizó en su obra y que otros han profundizado".(9)

Esta autonomía de las esferas culturales significa también la profesionalización de los productores y transmisores, y en muchos casos de los consumidores.

Fijada la convención sobre "cultura moderna", de su relación con la identidad de América Latina surgen varias preguntas, una de las cuales sería: ¿por qué se afirma que sólo se instaló en el subcontinente a partir de los años cincuenta?

Porque antes no había contexto que la recepcionara, y ya se sabe que, según el dictado macluhaniano, la cultura no solo es mensaje sino medio (y cada vez más, se dice, esto último). Una cultura moderna no podría desarrollarse en un contexto marcado por la ruralidad (en 1950 el 61 % de la población latinoamericana era rural), el analfabetismo (cerca del 50 %) y la falta de estudiantes (solo el 3 % de la población accedía a estudios universitarios). "Dentro de tal contexto propiamente subdesarrollado, ¿que conformación moderna de la cultura podía esperarse en la región? Mas bien, existía una alta cultura de

publicos escasos, una incipiente cultura de sectores medios ascendentes, y una variada y heterogenea cultura de mayorias populares, urbanas y rurales, que hasta 1950 continuaba alimentandose en los territorios del analfabetismo".(10)

De aquí surgiría precisamente la diferencia entre el nacimiento de la modernidad en Europa y el que tiene lugar en América Latina. La modernidad cultural latinoamericana ha llegado de la mano del medio y no del mensaje, es decir, de unas profundas transformaciones en los modos de producir, transmitir y consumir la cultura, y no a través de Las Luces como en el caso de Europa.

En esta ocasión, Brunner es tan catégorico al respecto que llega a calificar entre los "procesos modernizadores" fallidos en la región al movimiento de Reforma Universitaria de 1918. Y no por sus contenidos, sino porque los estudiantes eran solamente un puñado en cada país y sus ideas de progreso y liberación apenas resonaban fuera de las principales ciudades.

Menciono el caso, porque significa en realidad un cambio en la visión de Brunner acerca de la fecha de nacimiento de la cultura moderna latinoamericana. En efectos, en trabajos anteriores habia sugerido que dicha cultura nacia con los primeros años del presente siglo, o bien, para el caso de Chile, este nacimiento tenia lugar en la década de los veinte y se profundizaba despues de 1964 como producto de las politicas reformistas. O más aún, habia dado la idea amplia de que América Latina "ya hace rato vive su modernidad", o incluso, se deslizaba hacia hacia comparaciones de longevidad: "La experiencia de la modernidad en la cultura latinoamericana ha conjugado, mas o menos durante 150 años, temas similares a los que aparecen en las varias posturas de quienes sostienen la tesis de la pseudomodernidad".(11)

La razón por la que ahora coloca la línea divisoria en los años cincuenta, es por pura coherencia: considera que si la modernidad

cultural llega a América latina a través del continente y no del contenido, y, al mismo tiempo, entiende que dicho continente sólo se establece cuando queda planteada una verdadera cultura de masas en la región, entonces es mucho mejor no crearse complicaciones y fijar por arriba esa divisoria; es decir, cuando llega la televisión.

Pero profundicemos, ¿entonces, nunca habría llegado al subcontinente el contenido cultural de la modernidad? La idea es que sí lo habría hecho, pero cómo base de esos "procesos de modernización" fallidos, por cuanto "apenas alcanza a ser apropiado por pequeños grupos de intelectuales iluministas". Procesos frustrados de modernización cuyo discurso, sin embargo, llega "incluso más atrás en la historia cultural latinoamericana, llegando tan lejos como el tardío periodo colonial".(12)

3. PORFIADA MODERNIDAD

En el relato que se presenta surge inmediatamente un problema práctico. Hablar del contexto que recepciona la modernidad en América Latina usando promedios estadísticos regionales, sobre urbanización y analfabetismo, resulta un poco complicado. ¿Que sucede con los países del Cono Sur, que ya eran en 1950 mayoritariamente urbanos y cuyas tasas de analfabetismo no llegaban al 20 % ? Tales países estaban en los promedios que cita Brunner cuando comenzaba el presente siglo, o sea que, de acuerdo a esos criterios, su contexto estaría dispuesto a acoger la modernidad cincuenta años antes. Una región nada secundaria, a la que habría que agregar algún país latinoamericano más, y que supone un problema adicional: la refutación del movimiento de Reforma Universitaria como parte de la modernidad no podría hacerse entonces por "debilidad de contexto", en relación con los indicadores estadísticos usados.

Pero la cuestión de fondo es principalmente conceptual. Si se conviene en el significado de modernidad, se está aceptando que se trata de un proceso prolongado, originado en Europa pero con una perspectiva mundial. Por usar la misma referencia que utiliza Brunner para el tema, Marshall Berman, la modernidad habría que dividirla en tres fases. Una primera, "que se extiende más o menos desde comienzos del siglo XVI hasta finales del XVIII, (cuando) las personas comienzan a experimentar la vida moderna; apenas si saben con que han tropezado". Una segunda fase que "comienza con la gran ola revolucionaria de la década de 1790", en la cual "surge abrupta y espectacularmente el gran público moderno". La tercera fase recorrería el siglo XX y correspondería a la constitución y desarrollo de la sociedad de masas, donde "a medida que el público moderno se expande, se rompe en multitud de fragmentos". (13)

Ahora bien, esta periodización no tendría sentido, tampoco para

Europa, si se tuviera del viejo continente una visión cartográfica y no de estructura cultural continental. Tanto si se usaran criterios de extensión simbólica, como de contexto receptivo, la mayoría de las regiones europeas no eran modernas a mediados del siglo XIX: casi todo lo que sería Alemania, buena parte de Centroeuropa, la mayoría de lo que luego se constituiría como Italia, el resto de Europa del Sur, y no digamos la Europa balcánica y el imperio ruso.

Es decir, si se hicieran promedios de ruralidad y analfabetismo, difícilmente se podría afirmar que Europa estaba situada en la segunda fase de la modernidad a mediados del XIX. Lo mismo sucedería si se examinara por donde se había extendido la Reforma, o adonde había llegado la Ilustración, y menos aún en donde había tenido lugar algo como la Revolución francesa. En suma, de acuerdo a esta óptica, habría que delimitar con precisión qué parte de Europa podría considerarse moderna.

Esa es ciertamente una posibilidad de análisis cultural. Pero entonces no queda muy claro por qué no podría aplicarse esa misma metodología para América Latina. Y así, Uruguay sería moderno ya en el pasado siglo, mientras Honduras y Nicaragua apenas llegarían a la modernidad en nuestra década de los setenta.

Ciertamente, otra posibilidad consiste en ver Europa como una entidad continental poseedora de estructura cultural. En ese caso, los criterios guardarían relación con un análisis más cualitativo: podrían examinarse los países que actuaban como locomotoras culturales de la modernidad, e incluso examinar los centros culturales (las ciudades) que reproducían la modernidad en los países más atrasados. Podría verse entonces como la modernidad era la cultura establecida en los países más adelantados y la cultura hegemónica en los atrasados. Y como se interconectaban ambas realidades. Quizás así podría reconocerse en el viejo continente un complejo proceso pero dotado de

Al finalizar el siglo se circulan siete periódicos en Santiago y una o cuatro en Valparaíso (a lo que había que sumar el

01

sentido, y podría convenirse en que se distinguen tres fases en tal proceso.

En América Latina esa metodología daría resultados consistentes. Probablemente no podría hablarse de tres fases, porque durante la primera (europea) lo que tenía lugar en América era la formación de una nueva sociedad, producto del avance de la colonización y el mestizaje. Pero después de derrumbar viejas y nuevas culturas indígenas entredándose con ellas, y luego de tres siglos de estructuración social, América era ya indisolublemente parte del mundo moderno, aunque ya no podría ser de otra forma. Lo fuera como entidad particular o simplemente como entidad que se publica en parte de la historia de la humanidad.

Efectivamente, como intuye Brunner, desde fines del XVIII el discurso de la modernidad era la base de los deseos libertadores. Y lo era en toda América, mas allá que desde ese comienzo la modernidad tuviera ritmos, lenguas y colores distintos entre el Norte y el Sur.

01

Desde esta óptica, la modernidad presentaría en América Latina dos fases generales. Una primera, que recorrería el siglo XIX, donde el público moderno, concentrado en las ciudades, miraba el centro del sistema cultural mundial (algo completamente lógico), y sentía -como en muchos lugares de Europa- lo que era vivir, material y espiritualmente, entre el futuro y el pasado, sin poder instalarse en un presente cultural estable. Presentaba un marcado carácter elitista y su extensión era lenta -no sé si más que en otros países rurales europeos- hacia las entrañas del mundo rural. La cuestión es que resulta difícil no aceptar que era la cultura moderna la que hegemonizaba desde los centros urbanos el proceso sociocultural del continente.

La segunda etapa estaría referida -también acá- a la formación y el desarrollo de la sociedad latinoamericana de masas, que, en términos generales, se inicia en el período de entreguerras. En

este sentido, el mencionado movimiento de Reforma Universitaria bien podría reflejar ese cambio de una fase a otra de la modernidad en Latinoamérica.

Puestas sobre la mesa estas dos posibilidades de análisis, cabe elegir una de ellas. Brunner, para rechazar la segunda, acude a una convención sistémica y asegura que no se dan en América Latina los dos items necesarios para poder hablar de cultura moderna: 1) el traslado del conjunto simbólico (la modernidad) por medios masivos, que rompan con la comunicación interpersonal, oral, de tales símbolos; 2) la cultura moderna presupone la autonomía de la cultura, de los productores y los mediadores por lo menos.

Ciertamente, el mensaje de la modernidad tienen su medio natural en la comunicación masiva: resulta difícil imaginar una Declaración de los Derechos del Hombre que, al menos, no pueda publicarse para cientos de miles de individuos. Pero, ¿por qué pensar que en América Latina eso sólo sucede en los años cincuenta, cuando llega la televisión? ¿Por qué no habría seguido, como en Europa -más allá del retraso temporal- el mismo proceso de avance comunicativo: prensa primero, luego radio y finalmente televisión?

En un estudio sobre el caso de Chile, Brunner da cuenta del desarrollo del periodismo y la literatura durante el pasado siglo. "A comienzos de los años treinta del siglo pasado no circulaban mas que tres periódicos irregularmente, salvo el del partido dominante que aparecía semanalmente. (Claro que) los periódicos se multiplicaban fugazmente en año de elecciones". Por otra parte, se indica que a mediados de siglo se publicaban unas cien obras al año. (14)

Al finalizar el siglo ya circulaban siete periodicos en Santiago y unos cuatro o cinco en Valparaiso (a lo que había que sumar el

diarismo menor y de provincia, la prensa humorística, etc.). Las tiradas de obras reconocidas podían alcanzar los diez mil ejemplares. (Y en torno a un quinto del total de los títulos estaban escritas por mujeres).

Simplemente, para un país que pasa de un millón de habitantes (1835) a tres millones cuando concluye el XIX, una producción notable de comunicación escrita per capita, que, desde luego, resulta mayor que la de muchos países europeos. Claro, que hay que tener en cuenta el débil público letrado que la consumía. Se estima que aún en 1885 eran letrados sólo 30 % de los chilenos, mientras en Francia sucedería lo opuesto (el 30 % serían analfabetos). Pero se olvida que ese nivel de Chile era similar al de España (28 % eran letrados en 1877) y así, superior al de otras regiones europeas. (15) Ese público moderno era minoritario en términos cuantitativos, pero la cuestión es si determinaba o no la cultura imperante, a través de medios de comunicación masivos, en la sociedad chilena.

La siguiente etapa de comunicación masiva estuvo referida a la radiodifusión. En Europa se repite que ni Hitler, ni Churchill, ni el conflicto civil español hubieran sido los mismos sin el recurso al éter. ¿ Pero es posible imaginar los procesos nacionalistas latinoamericanos (Cárdenas, Vargas, Perón y con otras características el Frente Popular chileno) sin la explosión de la radio? Sin llegar a los extremos de Perón, que ligó su lanzamiento público al emparejamiento con la locutora, no hay duda de que la cultura latinoamericana atravesó esta fase con verdadera pasión. Más aún, ese momento sirvió para que ciertos aspectos de la cultura masiva latinoamericana, la producción musical por ejemplo, impactaran con éxito los centros del sistema mundial.

Dicho en breve, no parece que el mensaje de la modernidad haya dejado de usar en América Latina los medios masivos, en todos sus

pasos. Veamos ahora el otro asunto: la ausencia de autonomía de lo cultural -como prerequisite de la cultura moderna- en el subcontinente latinoamericano.

A este respecto, creo que existe un poco de confusión entre lo que los historiadores del arte reconocen como la autonomización de la cultura en el "quattrocentto" y lo que algunos otros (Max Weber entre ellos) señalan como autonomización de la cultura respecto de la política y la administración, ya en el siglo XIX.

La primera autonomización es la decisiva: la ruptura de la posesión del alma -y también casi siempre del cuerpo- del productor cultural por parte del orden religioso-feudal. Mediante esa ruptura, el artista pudo mirar al hombre desde el hombre mismo (hoy diríamos la humanidad) y no a través de los prismas y los cánones artísticos impuestos por las autoridades religioso-temporales. Paralelamente, su arte se hizo mercancía comprada por la burguesía emergente. Desde productores a consumidores, la cultura cobró autonomía en el contexto social.

Ahora bien, la emergencia de la modernidad fue en buena medida revolucionaria y política y eso arrastró a la cultura, subordinándola. Por otra parte, en donde el orden social dominante combatió la llegada de la modernidad, también trató de subordinar la producción cultural. (Muchas críticas se han hecho ya de una lectura de Weber que acepta sus obsesiones respecto de la sociedad prusiana como categorías generales). Así, es posible señalar una nueva autonomización de la cultura, ahora respecto de la política, cuando germina la sociedad de masas. Pero eso sucede tanto en América como en Europa.

Ciertamente, en Latinoamérica el proceso independentista significó para el arte la definitiva ruptura del control eclesial: "la formación de oligarquías terratenientes, el desarrollo de obras públicas y las campañas militares ofrecieron

a los artistas ámbitos diferentes del que ordenaba el patronazgo eclesiástico". Esa autonomización fue decisiva, pero quedaba la referida a la estrechez del mercado y la subordinación a la política. Los proyectos creadores individuales fueron arrinconados y " los artistas fueron empleados para construir la iconografía de las gestas de liberación y organización nacional: los retratos de próceres, las estatuas monumentales, los murales consagratorios, los apartaban de cualquier preocupación experimental".(16)

Pero eso mismo pasó en Europa durante todo el XIX y en algunas regiones incluso durante los primeros años del XX (su última manifestación fue la Europa facista). Desde mediados del XVIII, la literatura, pero sobre todo la pintura y la música, estuvieron dedicadas voluntariamente o por encargo a mostrar las gestas revolucionarias de la modernidad o su contenido simbólico, así como los próceres y las batallas militares, bien entre imperios o por la reorganización nacional que tuvo lugar en el viejo continente.

En todo caso, la subordinación de la cultura respecto de la política no es algo que niegue la modernidad, sino que marca una etapa de la misma (en Europa y América), y no puede confundirse con la apropiación social premoderna de la cultura (por el orden feudo-ecclesial), cuya ruptura marca precisamente (en Europa) el nacimiento de la modernidad mundial.

En realidad, la burguesía latifundiaría o urbana en América Latina mantuvo a este respecto una ventaja: poder comprar arte en Europa. Con lo que la autonomización del consumo cultural respecto de la política regional siempre tuvo ese recurso. Por otra parte, la importación de productos culturales de Europa presentó, ya antes de la Independencia, un valor agregado: que sus productos traían incorporados los valores de la modernidad y la autonomización del orden religioso, sin mayor recargo. Es

cierto que este comercio "desnacionalizaba" la cultura, pero eso es algo que también sucedía en Europa de unos países a otros, y resulta algo completamente lógico en un sistema cultural mundial.

4. MODERNIDAD PERIFERICA

Así pues, la modernidad latinoamericana podría ser probada por la presencia de esos dos factores sistémicos: tanto los símbolos de la modernidad fueron trasladados por medios medios, siguiendo los mismos pasos que en Europa (prensa, radio, televisión), como la cultura era autónoma del orden social precedente, aunque estuviera subordinada a la política, de la cual se autómizó- como en Europa- con la formación de la sociedad de masas. Y ello no contradice el hecho de que ese proceso avanzara mas lentamente que en el viejo continente y presentará una fisonomía acentuadamente particular.

Un relato que, por el contrario, sostiene que la modernidad llega a América Latina sólo con la sociedad de masas, tiende a confundir una cosa con la otra, y, en el fondo, comparte las visiones "diferencistas" acerca de que "América Latina ha venido persiguiendo, como un falso sueño o uno surgido en contra de su naturaleza mas profunda, el de su propia modernización". No es extraño que mas adelante Brunner confiese: "Hemos aceptado sólo muy parcialmente esa tesis"; mediante la idea de los "procesos modernizadores" fallidos, en tanto portadores de ideas y valores nuevos que emergen en medio de lo establecido, pugnando por hacerse reconocer. (17) En realidad, por otra via, se comparte la tesis diferencista de la ausencia de modernidad en América Latina (hasta la llegada de los años cincuenta).

Vimos recién cómo el núcleo central de esta idea (modernidad que no consigue imponerse) estaba referida, además de a factores sistémicos, a la receptividad del contexto. Y ya se mostró cómo este asunto tiene dos formas de ser planteado, desde el punto de vista del análisis comparado. Pero todo indica que, de una forma u otra, en el fondo de este asunto puede seguir cociéndose un viejo problema: la caracterización de ese contexto, es decir, la caracterización de las sociedades (perifericas) latinoamericanas.

En efecto, cuando Brunner explica el perfil de la actual modernidad americana, la surgida desde 1950, indica que América Latina efectúa "se incorpora a la modernidad cultural, a la par que sus estructuras económicas, políticas y sociales se iban transformando bajo el peso de una creciente integración continental a los mercados internacionales".(18)

Cabe preguntarse cuando la producción económica latinoamericana no ha estado integrada en el mercado mundial. Hace tiempo que se demostró que la tesis de la ausencia del capitalismo en América Latina era completamente errada, precisamente en relación con el hecho de que el modelo exportador nació desde fines del XVIII ligado al mercado mundial. A este respecto, la teoría de la dependencia puede ser muy criticable en su parte propositiva, pero si tuvo algún mérito fue el de mostrar sistemáticamente cómo el capitalismo exportador fue dominante desde que los nuevos Estados organizaron su economía en el continente.

Con la formación y el desarrollo de las instituciones políticas puede afirmarse otro tanto. En anterior oportunidad, he mostrado como los Estados independientes nacen en América Latina con formato republicano moderno, sin que tengan relación alguna con los Estados postcoloniales de otras regiones del hemisferio Sur, y cómo, el hecho de que sus funciones institucionales no llegaran más allá de las ciudades, quedando muchas de esas funciones en el mundo rural bajo la férula del terrateniente, así como el voto censitario, no eran sólo características de los nuevos Estados americanos, sino de muchos Estados europeos en formación durante el siglo XIX. Otra cosa es analizar qué debilidades suponía este desarrollo. (19)

En general, puede proponerse una periodización de las formaciones sociales latinoamericanas, manteniendo la autonomía de lo político, como la siguiente: 1) las sociedades de dominancia oligárquica, basadas en el mecanismo capitalista exportador y en

un Estado igualmente oligárquico, que van desde la Independencia hasta el cambio de siglo; 2) las sociedades de transición, que surgen principalmente en los países que presentan un grado de industrialización apreciable antes de los años cincuenta, en convivencia con el modelo exportador, impulsadas por un Estado Reformador, que concluye en su versión nacionalista (Cárdenas, Vargas, Perón, y, en otra perspectiva, el Frente Popular chileno), que van desde el inicio del XX hasta los cincuenta; 3) las sociedades desarrollistas, basadas en la actividad industrial de sustitución de importaciones, con Estados modernizadores -cuya forma de régimen oscila entre la apertura y la dictadura militar- y que alcanzan hasta fines de los años setenta (puesto que en los años ochenta comienza a plantearse un proceso que tiene muchos síntomas de implicar una transición hacia otro modelo, aún sin perfiles claros).

Las tensiones entre modernización (como proceso de racionalización e intereses, principalmente económicos) y modernidad (como valores societarios normativos) de tal desarrollo han sido fuertes, y su producto es esa relativa paradoja que aún vemos hoy: América Latina -dentro de ciertos límites- como una modernidad pobre. (20) (Digo dentro de ciertos límites, porque, de todas formas, sus indicadores socioeconómicos nunca han sido -hasta ahora- tan bajos como los de otras regiones del llamado Tercer Mundo). Incluso es importante indicar que se tiene muchas veces la sensación de que -con frecuencia mediante la actividad militar- es la modernidad lo que fue por delante de la modernización y no a la inversa. (21)

Por otra parte, ya se ha subrayado hasta el exceso la marcada heterogeneidad de tales sociedades, especialmente durante el avance del XIX, donde coexisten formas de producción, prácticas institucionales y culturas de diferentes caracteres. Pero, en cualquier caso, no es exagerar si se afirma que existe ya un amplio consenso en las ciencias sociales latinoamericanas

respecto de que estas formaciones sociales eran predominantemente capitalistas, incluso si en algunas de ellas los sectores fuera del sistema eran territorialmente mayoritarios.(22)

Pues bien, esas sociedades de capitalismo periférico se reproducían mediante una cultura moderna en sus diferentes planos, al menos no en menor grado que otras sociedades periféricas europeas. Incluso me atrevo a sostener que, tanto por su consumo cultural, como por sus "referencias de contexto", Uruguay y Argentina eran más modernos que España, Grecia o Portugal, durante todo el siglo XIX y buena parte del XX (quizás hasta el nacimiento de los años setenta).

Ciertamente, este ingreso a la modernidad mundial se hacía: 1) como parte periférica de un sistema con sus propios centros, y 2) con las características culturales propias de la región. El formar parte de una modernidad mundial conlleva todas esas ocultaciones de que se quejan los diferencistas: en efecto, no hubo acá ningún Montesquieu que argumentara a favor de la división de poderes cuando las Repúblicas organizaban sus sistemas políticos partiendo de ese principio, pero sólo cerrando los ojos puede no verse cómo los productos culturales que se consumían en América contenían en su interior los símbolos de la modernidad. Mucho antes de la sociedad de masas, se producía ese fenómeno que apunta Brunner: muchos de los medios culturales contenían el mensaje de la modernidad.

Ahora bien, esa modernidad no podía sino formularse en relación con las características de la región. Dicho de otra forma, especialmente la primera fase de la modernidad estaba marcada por dos rasgos fundamentales. Por un lado, la estructura clásica de la modernidad europea del XIX, quizás acentuada: una cultura elitista y patriarcal, subordinada en buena medida a la política y la administración, donde la alta cultura se polarizaba respecto de las culturas populares. (Algo que Berman entiende como la

segunda fase de la modernidad en Europa, y que acá operó como en las culturas periféricas del viejo continente). Y por el otro lado, la fusión con la cultura idiosincrática de la región.

Sobre este segundo factor se han edificado palacios de palabras. Algunos ciertamente muy bellos. Pero que contienen alguna que otra caricatura. Porque la modernidad no se mezcla principalmente con elementos de culturas indígenas, sino con la cultura mestiza, consolidada a fines del XVIII, que, como se sabe, ya es otra cosa. Brunner cita acertadamente a Morandé para identificar ese producto cultural: "La historia del mestizo es la historia del encuentro mismo entre la cultura europea y las culturas americanas. El depende de este acontecimiento. Así, si bien hereda de su madre toda la visión ritual del ordenamiento de la naturaleza y del cosmos, ya no es indio y su propia existencia está indisolublemente ligada a la aparición del conquistador europeo. Es un personaje completamente nuevo, para el cual la comprensión de su continuidad con el pasado tiene exactamente la misma importancia que la comprensión de la ruptura y novedad que él encarna. En este sentido es él mismo portador de una nueva síntesis inédita. Rito e historia, rito y acontecimiento, están obligados a compenetrarse mutuamente. No como discusión intelectual entre sabios de una y otra cultura, sino como explicación existencial de sí mismo".(23)

En cada zona de América Latina la relación de la cultura moderna con la mestiza existente a fines del XVIII, estuvo mediatizada por dos elementos opuestos. Por un lado, la existencia en el país que se trata de una fuerte presencia de comunidades indígenas, como sucede en México y buena parte de Centroamérica o en la región centro-andina, y por el otro, la afluencia significativa de un flujo migratorio europeo, como sucedió en todo el subcontinente y especialmente en su Cono Sur.

En todo caso, como se sabe, lo característico de la cultura moderna latinoamericana, especialmente en su primera fase, es la

fusión de esos dos elementos (cultura elitista decimonónica y raíces mestizas), para dar lugar a una alta cultura tendencialmente europea y unas culturas populares abiertamente mestizas. Pero lo importante es señalar que esas culturas mestizas eran más favorables a la fusión dentro de la modernidad, que las culturas populares, agrarias y medievales, de muchas regiones europeas. En realidad, la primera mitad del XIX en España es una dramática muestra de cómo los residuos del antiguo régimen, apoyados en sectores de la población rural, tratan de cerrar las puertas a una modernidad que se cuele, cual gas de oxígeno, por todos los intersticios del rancio castillo.

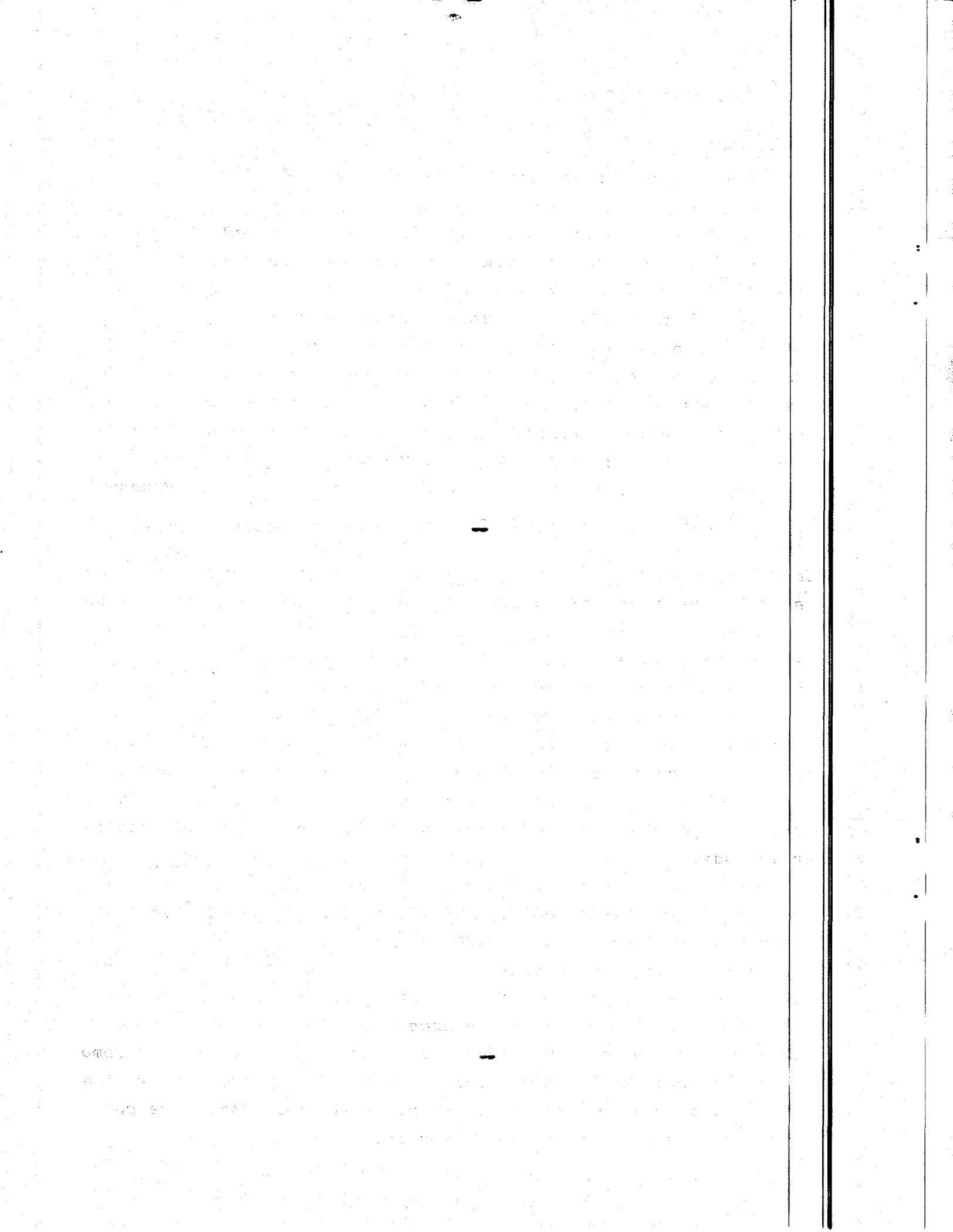
En conclusión, parece que, si se acepta la convención sobre modernidad como proceso con diferentes fases, hay muchas razones para pensar que en América Latina habría una modernidad con dos períodos: 1) el de la cultura moderna-decimonónica, por no usar el término tradicional aunque bien podría usarse, y 2) el de la cultura moderna de masas que se inicia desde el período de entreguerras hasta los sesenta (en los países más atrasados). En realidad, el propio Brunner, antes de establecer esa línea tan categórica de la modernidad latinoamericana en los años cincuenta, cuando aún la situaba a comienzos de siglo, identificó una modernidad tradicional previa a la modernidad de la sociedad de masas. Señalaba: "La modernidad penetró entre nosotros en la cultura cuando ésta todavía giraba en torno a sus núcleos tradicionales y oligárquicos". Y a continuación describe como lo hizo: "Combinando discursos e imitando las luces del Norte; avanzando por medio de las escuelas con sus maestros muchas veces mal formados y peor pagados; luego de la mano de la radio, mientras se creaban universidades, se instalaban los pioneros de las ciencias, se extendían las influencias del extranjero, a la par que las masas rurales y una parte significativa de la población urbana permanecía en el analfabetismo. La modernización de la cultura era todo eso y no la mera superposición de una nueva capa o barniz sobre las preexistentes culturas ancentrales

y aquella traída por los conquistadores".(24)

Una descripción, a mi juicio, completamente acertada. Pero creo que es posible mostrar como ese proceso se inicia con la preparación de la revuelta independentista, y siguiendo la dirección urbano-rural, establece como hegemónica la cultura moderna desde las ciudades del continente. Aunque, tal vez lo más importante en este punto (la perspectiva argumental del relato que se nos ofrece), sea el hecho de que sí resulte posible, también para él, identificar en América Latina algún tipo de modernidad anterior a la modernidad de masas. Y, ciertamente, no he encontrado razones sólidas para cambiar -como hace Brunner- este criterio.

En otro momento del relato, se apunta la idea de que América Latina es desde los años cincuenta el extremo-occidente de la modernidad mundial. Ciertamente, pero ese no es un adjetivo circunstancial sino constitutivo: América Latina se independizó como extremo-occidente. Entre otras razones porque no mantuvo una cultura milenaria casi íntegra para enfrentarla a la modernidad occidental, como sucedió con Asia o el Mundo Árabe, ni era un conjunto de culturas tribales cuando llegó la modernidad como el África negra. Con esa preparación previa que fue el mestizaje, a lo que llegó fue a individualizar enfáticamente su participación en la modernidad.

En relación con esta característica propia, sí pueden valorarse macondismo y diferencismo, aunque no sea para negar la existencia de una modernidad dominante, sino para marcar los rasgos culturales de esa modernidad: con vetas que señalan el peso de la naturaleza en la cultura o los ancestros indígenas allá donde su presencia es considerable. Y si lo hacen tan bellamente como García Márquez u Octavio Paz, tanto mejor. Macondo y las diferencias con el Norte existen, pero para dar ese color especial a esta parte del mundo moderno.



5. TEMIDA POSTMODERNIDAD

Cabe preguntarse qué sucedería con el relato que examinamos, si desde esta modernidad periférica, tan particular, ahora de masas, dejáramos de mirar al pasado para encarar el presente y el futuro. Como se sabe, esta pregunta nos lleva inevitablemente a una semiparadoja: tener que relacionar esta modernidad periférica con la crisis que enfrenta la propia modernidad mundial en los centros del sistema. Dicho en breve, a relacionar nuestra esforzada modernidad latinoamericana con esa hidra ambigua que, por carecer de nombre, se llama a sí misma postmodernidad.

¿Estamos obligados a ello? Como el escribiente de Herman Melville, Brunner nos responde que preferiría no hacerlo. De hecho, cuando en 1987, tuvo lugar en Buenos Aires una osada convocatoria a discutir este asunto (veinte aniversario de CLACSO), Brunner llevó una clara respuesta: "en América Latina la postmodernidad es una nota al margen".

Y ello porque, "cuando desde Europa se anuncia el fin de la modernidad -con su explosión de formas culturales, predominio del consumo, desaparición de los grandes discursos de fundamentación, crítica de la razón y los valores, heterogeneidad de los componentes nacionales, acelerada internacionalización, pérdida de las legitimidades, erosión del espacio público, proliferación de los espectáculos en la política, etc.- nosotros en América Latina no necesitamos, me parece, hacernos eco de esa problemática".

La razón que da al respecto es la que, como vimos, le une al diferencismo: "Pues aquí, ni la modernidad -salvo en la visión de algunas élites- estuvo ligada a los principios de la Ilustración europea, cuyo fin ahora se anuncia, ni se comportó, nunca, como una experiencia espiritual ni social unitaria". (24)

Creo haber discutido ya esta cuestión (cómo la Ilustración se presentó explícitamente en muchos momentos, que Brunner llama "procesos de modernización", y cómo lo hizo implícitamente en el desarrollo de la postmodernidad periférica, muchas veces de contrabando al interior de los productos culturales procedentes de Europa), así como, por otra parte, ya apuntamos que eso del comportamiento unitario -también en Europa- depende de la visión continental que empleemos.

Lo que ahora nos interesa es saber si, de un modo u otro, más allá de lo inconfesable que haya sido el camino por el que llegara a América Latina, la postmodernidad se encuentra o no entre nosotros. En el relato que discutimos, Brunner se muestra coherente con su idea previa de que este asunto no es algo que deba preocuparnos y apenas lo menciona. Sin embargo, cuando lo hace -muy brevemente- parece aceptar que, en efecto, "ese discurso que se llama a sí mismo postmoderno" ya se instaló en esta parte del mundo. (25)

En el contexto de un análisis cultural, resulta curioso admitir esa llegada y no detenerse para nada a examinar el hecho. Ciertamente, una razón podría ser que efectivamente se crea que tal arribo no va tener ningún impacto de consideración. Pero tengo la sensación de que todavía existe un clima de prevención para hablar en América Latina de una cuestión que surge en la cultura de los países centrales (prevención que se mantiene después de la reunión de CLACSO, también porque en ella la mayoría de los asistentes atravesaron el arroyo pisando con cuidadito por las piedras). Se supone que para un análisis latinoamericano serio la agenda de los problemas debe ser otra. Por eso quienes sí están dispuestos a plantearlo en medios masivos, parten todavía con títulos como el que acabo de leer en la revista literaria de un diario santiaguino: "¿Cómo atrevernos a discutir sobre postmodernidad en Latinoamérica?". (26)

Estamos ante un problema cultural en sí mismo: dada esa vieja tendencia de las élites a copiar de Europa (luego de Estados Unidos), existe hace tiempo un natural temor a cometer ese error traicionero. Y, ciertamente, existen muchas áreas donde la agenda latinoamericana es distinta, incluso precisamente porque frente al hemisferio Norte este subcontinente se sitúa al otro lado de la mesa (la misma mesa en todo caso). Pero si existe un terreno en que la intercomunicación mundial hace tiempo que es irreparable, es precisamente el campo de la cultura (en ello no hay desacuerdo con Brunner). (Y aceptar esta constatación no significa -cómo frecuentemente se cree- que hay inclinación a considerar que todo lo que llegue desde los centros es positivo o interesante; significa más bien admitir que los productos culturales autóctonos sufren cada vez más una competencia directa desde fuera que les obliga a incrementar su ingenio).

De todas formas, este síndrome ha provocado, especialmente en el mundo de la creación intelectual, un verdadero arte sobre cómo introducir con cuidado las modernidades que vienen de los centros.(27) Incluso a pesar de que en las dos últimas décadas buena parte de las élites atravesaron el exilio (aunque tampoco está claro que el exilio haya funcionado para todos de la misma forma, respecto a este punto).

Quien sabe si uno de los efectos de la postmodernidad en América Latina consistirá en acabar, para bien o para mal, con este tipo de prevenciones. En todo caso, parece que reflexionar sobre el presente cultural latinoamericano resultaría difícil sin mencionar el tema (de hecho, el propio Brunner así lo hizo antes de llegar a esa conclusión de que es una nota al margen). Y creo que es posible hacerlo (examinar la postmodernidad en América latina) sin temores innecesarios, al mismo tiempo que sin abandonos gratuitos.

Ciertamente, necesitamos establecer de nuevo alguna convención

Para saber de que estamos hablando. Como se sabe, la denominación de postmodernidad procede precisamente de la idea de que la modernidad está agotada y hay que superarla. Cuando Brunner examinó este debate, sugirió que el momento de la postmodernidad expresa:

"a) Un rechazo del sujeto y de la razón totalizante. Como contrapartida, una obsesión epistemológica por los fragmentos o las fracturas, que en el plano político inspiraría la preocupación por los movimientos marginales, las minorías y la micropolítica en general.

b) El ocaso de lo que Lyotard denomina los grands recits de la modernidad, tales como la dialéctica del espíritu, la emancipación de los trabajadores, la acumulación de riqueza, la sociedad sin clases...

c) El descubrimiento, paralelo a la pérdida de los relatos maestros y a la crisis del sujeto pleno, de la radical fragmentación de la sociedad, donde -y cita a Jameson- cada grupo ha llegado a hablar un curioso lenguaje privado, cada profesión ha desarrollado su propio código de ideología o modo de hablar particular, y finalmente cada individuo ha llegado a ser una especie de isla lingüística, separada de todas las demás.

d) Pero no se trata, a la manera moderna, de la aparición de grandes estilos personales como aquellos que en el arte identifican a Joyce y Proust, a Picasso y T.S. Elliot. En este universo de radical fragmentación, con pérdida del relato y del sujeto, de la razón y las totalidades lo que domina es el pastiche (imitación de estilos muertos), el collage (tomar un cierto número de elementos de obras, objetos, mensajes preexistentes e insertarlos en una nueva creación a fin de producir un efecto de rupturas y recontextualizaciones), el injerto, la alegoría y la cita. Son éstos, en definitiva, los

mecanismos de gran parte del arte postmodernista y de lo que ha dado en llamarse la postcrítica." (28)

Más adelante, para subrayar que el momento de la postmodernidad aparece como una deconstrucción del proyecto de la modernidad y de sus tensiones, Brunner cita a Baudrillard: "ya no formamos parte del drama de la alienación, vivimos en el éxtasis de la comunicación". O bien: "(ya) no hay trascendencia, sino la superficie inmanente del desarrollo de las operaciones, superficie lisa, operacional, de la comunicación. El período fáustico, prometeico, de la producción y el consumo es sustituido por la era proteica de las redes, por la era narcisista y proteiforme de la conexión..." (29)

Podemos convenir, en términos generales, en la descripción de Brunner. Quizás haya que agregar algo sobre el sentido del rechazo postmoderno de la modernidad en relación con sus antecedentes. A este respecto puede ser útil la idea de desencanto usada por Lechner: en efecto, la postmodernidad expresa un momento de desencanto que surge también desde las entrañas de lo social. Ultimamente, ninguno de los proyectos de modernidad, lejos de conseguir la sociedad reconciliada proclamada desde el optimismo iluminista (donde la convergencia de la ciencia, la moral y el arte, iba a permitir controlar las fuerzas naturales y el progreso social), tampoco era capaz de mantener con credibilidad la esperanza de que todo eso podría suceder en el futuro. (30)

Ahora bien, cabría preguntarse si esto es precisamente nuevo. Por ello tiene utilidad examinar -aunque sea muy brevemente- los antecedentes de la crítica de la modernidad. Pero para facilitar ese examen, conviene mantener la diferencia entre las lógicas distintas envueltas en la modernidad, al menos entre las dos fundamentales: modernización (racionalización instrumental e intereses, cuya expresión más evidente es el crecimiento

económico) y modernidad propiamente dicha (como conjunto de valores normativos).

Como se ha dicho, con el advenimiento de la sociedad moderna ambas lógicas supuestamente conformaban un todo armónico o lo conformarían con su desarrollo. La herencia política de ese optimismo se mantuvo en el liberalismo clásico. Pero pronto surgió una serie de críticas, cuyos momentos más claros es posible apuntar:

1. Una primera apareció entre los que entendían que ese proyecto organizado significaba estructurar algún tipo de poder histórico (además de comprobar que en la práctica había amplios sectores sociales mal parados en su desarrollo), pero, sobre todo, que se necesitaba de un acto volitivo para lograr esa reconciliación de lógicas. A esta matriz pertenció el anarquismo y el pensamiento socialista. Como se sabe, la crítica más teórica fue la de Marx, quien, de todas formas, concluye que el progreso material -por sus efectos sociales- obligará a que la lógica de la modernidad acabe dominando por completo a la de la modernización. Como es evidente, se trata de la primera crítica sistemática hecha desde dentro que trasladará el énfasis a la fe en el futuro.

2. Una segunda surgió de la mano del romanticismo y su rebelión contra la razón absoluta. En la segunda mitad del XIX, esta crítica se hace más nítida con Nietzsche, quien si no hace una revisión global de la modernidad, ataca algunos de sus fundamentos centrales, entre ellos uno que constituye la base de la Ilustración: la idea optimista de la naturaleza humana (a la cual, sólo haría falta liberar de diversas ataduras). Como se sabe éste no es asunto menor: sin esa base la idea del progreso humano se tambalea.

3. Una tercera crítica -más bien una puesta en cuestión- no surge tanto de la elaboración de ideas como de la práctica

sociopolítica. Se trata de una dramática mutilación de los valores de la modernidad, desde el intento por dominar la lógica de la modernización. Se está hablando, ciertamente, del fascismo. (Aunque pronto la experiencia revolucionaria en Rusia- teóricamente, el acto volitivo que reconciliaría la sociedad- va a adoptar, con el estalinismo, una orientación semejante).

4. Al llegar a mediados del siglo XX, una mirada a su primera mitad (con dos guerras mundiales, la experiencia del nazismo, el uso de la primera bomba atómica, etc.) no invitaba mucho a creer en el progreso como línea única y en el desarrollo pleno de la modernidad. Sin embargo, salvo el destello del existencialismo, se di paso a un período de recuperación de la confianza en el desarrollo tanto económico como político por distintas vías (una vez que la dinámica anterior del estalinismo al menos no siguió hacia adelante, estabilizándose un sistema menos compulsivo). Incluso puede afirmarse que la competencia entre sistemas introducía un cierto apoyo al mantenimiento de la confianza en la perspectiva moderna.

5. Una reacción contra esa fe en la lógica de la modernización se expresó en el ambiente del sesentayocho, pero la expresión intelectual más clara es la Escuela de Frankfurt y su crítica centrada en la idea de que el desarrollo de la modernización no nos acerca sino que más bien nos aleja de los ideales de la modernidad. Un elemento relativamente nuevo aparece, la consolidación de la sospecha que hacía tiempo rondaba la escena: el progreso técnico no siempre es positivo sino que ni siquiera es neutral.

6. El optimismo -o el pesimismo- acerca de una modernización continua y estable hizo crisis con el inicio de la depresión económica de los setenta. En ese nuevo clima, se acentuaron las inquietudes de quienes ya habían visto en el sesentayocho un posible desajuste entre modernización y modernidad. Desde una

óptica conservadora, comenzó a discutirse sobre los peligros de la democracia. Una serie de autores, Berger, Kellner, Nisbet, Sennett, pero sobre todo Bell, pusieron en cuestión el avance de la modernidad por cuanto operaba disfuncionalmente respecto del desarrollo continuado de la modernización. Por ello su propuesta consistía en regresar a los factores que dieron origen a la modernidad (puritanismo y ética protestante), abandonando el desarrollo posterior de la misma.(31)

7. Desde la óptica opuesta, la crisis económica y la inseguridad estratégica que ella trajo, hizo explotar una crítica a la modernidad, no tan elaborada en el plano de las ideas, pero sí en el de la práctica social: hablamos de los nuevos movimientos sociales. Ellos fueron quienes rompieron en la práctica la idea de sujeto unitario, introdujeron el desinterés por los grandes proyectos y consolidaron definitivamente la desconfianza en el progreso material. Feministas, ecologistas y pacifistas, como los elementos más visibles de un universo complejo (alternativos, pobladores urbanos, etc.), reaccionaban ante una modernidad cuyos frutos no eran precisamente los esperados.(32)

8. En este ambiente de desencanto social, comenzó a sistematizarse, desde distintas actitudes, la necesidad de revisar el proyecto de la modernidad en su conjunto. Es necesario decir que la historia de esta crítica muestra diferentes orígenes según los ámbitos desde que se hiciera. En el arte, por ejemplo, y particularmente en la arquitectura, la idea de la superación de la modernidad procede de principios de siglo (aunque fueran los franceses a comienzos de los ochenta los que representaran en París la escena de la muerte del arte moderno). En el plano de las ciencias humanas, surgen con el nacimiento de los ochenta, desde Estados Unidos e Inglaterra (Foster, Jameson) y Francia (Baudrillard, Lyotard) las proposiciones más completas, que consagran definitivamente el término postmodernidad.

9. Por vías propias pero también como reacción al discurso postmoderno, tiene lugar un relanzamiento de la crítica interna de la modernidad, considerándola, en general como un proyecto inacabado. Un proyecto que es posible reformular para que, finalmente, pueda dar algunos de sus principales frutos, siempre desde la perspectiva de la dominación final de los valores de la modernidad por sobre la lógica de la modernización. Algunos han aceptado discutir abiertamente sobre el discurso postmoderno (Anderson, Habermans), pero esta opción general (proyecto inacabado) es compartida por muchos otros sectores en Europa y Estados Unidos, que no conceden tanta relevancia al momento del discurso postmoderno.

Con estos antecedentes a la vista puede medirse mejor el significado de la propuesta postmoderna en la cultura occidental. Inmediatamente hay que decir que dentro de este conjunto hay todo un abanico de opciones, tanto en el arte como en la política o las ciencias humanas. Pero cada una de ellas puede ser ubicada mejor respecto a los dos elementos fundamentales de la actitud postmoderna: en primer lugar, la crítica de la modernidad y su deconstrucción, pero, en segundo lugar, la instalación en esa deconstrucción. Una actitud postmoderna debe constar de ambos elementos, aunque sea diferente el peso de cada uno de ellos en cada combinación, lo que señalaría una determinada posición en el abanico. Porque si lo único que se comparte es la crítica postmoderna, pero luego se va a algún tipo de reconstrucción del conjunto, resulta difícil no caer en el campo del proyecto inacabado. Incluso si se lograra construir una nueva síntesis tras la caída de la modernidad, recibiría otro nombre, pero ya no sería postmodernidad (si convenimos en el significado que hoy tiene el término en su mismo discurso).

La traducción de esa perspectiva postmoderna (con sus dos elementos) se particulariza para cada ámbito de aplicación: en el arte es el "todo vale"; en la política es "lo trascendente no

existe y el compromiso es inútil"; en las ciencias humanas "la historia humana no tiene sentido, o al menos no es posible encontrárselo y la suposición del progreso es un espejismo".

Ciertamente, los efectos particulares son más o menos importantes según cada ámbito. Me explicaré: en el arte puede instalarse el "todo vale" por todo un tiempo sin que ello signifique obligadamente mantener lo previamente existente. Pero en la política no sucede lo mismo: la instalación en la deconstrucción, si implica la voluntad de deconstrucción activa, tiene un viejo nombre (anarquismo), y si supone la instalación en la parcialidad, entonces "ello niega la política, privatiza radicalmente las identidades y las relega a sobrevivir en los márgenes de una sociedad en cuyo centro prevalecerán las formas de dominación de actores que sí tienen la voluntad de dominar, sujetos en el sentido más estricto de la palabra." (33)

Teniendo todo esto en cuenta, considero posible hacer algún alcance sobre la amplitud de la cultura postmoderna. No me parece convincente la idea de que los centros del sistema mundial están pasando por un predominio de la postmodernidad. A este respecto suele confundirse el hecho del desencanto social con la cultura postmoderna. Es cierto que, al menos desde mediados de los setenta, se extendió por Europa y Estados Unidos un desencanto, que paradójicamente no fue frenado sino incrementado con la crisis del sistema del Este. Sin embargo, tal desencanto no sólo provocó el discurso postmoderno, también dio lugar a una modernidad más mundial, que produjo el discurso de "las responsabilidades humanas", "el desarrollo sostenible", las tesis sobre "el futuro común", etc. Por decirlo con un ejemplo, Green Peace es una campaña enorme que procede del desencanto de la modernización, y sin embargo no estoy seguro de poder incluirla en la idea postmoderna. En general, considerar los nuevos movimientos sociales como representantes del "todo vale" y el descompromiso sociopolítico, no me parece acertado.

Es decir, creo que los sectores tradicionales del público moderno (conservador o no) junto a los modernos alternativos, hacen que la modernidad todavía siga siendo predominante tanto en Europa como en Estados Unidos, si bien en este país la cultura postmoderna está compitiendo en algunas ciudades con una fuerza considerable. Lo mismo puede decirse con la producción intelectual: creo que en ambas partes de Occidente continúa siendo claramente mayoritaria la que se sitúa en la perspectiva de la modernidad. Ni siquiera en el arte, donde la modernidad hace más tiempo que se considera agotada, podría estar seguro de que la producción mayoritaria haya abrazado los cánones -la ausencia de cánones, si se quiere- de la propuesta postmoderna. (Esta es una percepción que no trata de restarle importancia al fenómeno postmoderno, sino de apreciarlo en la medida de lo posible, sin hacer simplificaciones).

Una vez establecida la convención sobre postmodernidad, podemos regresar al debate sobre su impacto en América Latina. Un elemento que inmediatamente destaca es la sintonía que a primera vista existe entre la heterogeneidad cultural de la modernidad periférica latinoamericana y la idea de collage propio de la postmodernidad. La mayoría de los que han reflexionado sobre esto destacan el punto. El propio Brunner habla de "una suerte de postmodernismo avant la lettre", o de los "injertos y alegorías postmodernistas de nuestra modernidad", o del "viejo descentramiento de la cultura moderna latinoamericana como algo similar a las proposiciones postmodernas. (34)

Pero él no comete el error de aceptar esa primera imagen. Lo que sostiene, a mi juicio acertadamente, es que esa heterogeneidad es característica de la modernidad periférica latinoamericana y no puede verse como una postmodernidad anticipada. Y ello teniendo en cuenta que esta heterogeneidad cultural significa algo bien distinto que culturas diversas (subculturas) de etnias, clases, grupos o regiones, o de mera superposición de culturas.

"Significa, directamente, participación segmentada y diferencial en un mercado internacional de mensajes que penetra por todos lados y de maneras inesperadas el entramado local de la cultura, llevando a una verdadera implosión de los sentidos consumidos/producidos/reproducidos y a la consiguiente desestructuración de representaciones colectivas..." (35)

Creo, sin embargo, que Brunner exagera esa ruptura. Parece más acertado decir que la heterogeneidad no es sólo superposición de subculturas, sino hoy día fundamentalmente participación diferencial; porque todo indica que la heterogeneidad cultural latinoamericana es de ambos tipos. Y el carácter de la combinación depende mucho de factores concretos, como por ejemplo, la presencia o no de importantes poblaciones indígenas. Por otra parte, no creo que la segmentación cultural proceda únicamente de los efectos de la mundialización, sino que también guarda relación con acumulación de desfases internos, de cruces y trasgresiones propias en el campo de la producción, la mediación y el consumo cultural propiamente latinoamericano. (36)

En todo caso, estoy de acuerdo en que resulta un poco forzado convertir la heterogeneidad que caracteriza esta modernidad periférica, en una postmodernidad precoz (incluso si fuera inconsciente). Tanto si se examina el asunto desde la producción del discurso postmoderno (por parte de las élites culturales), como desde la práctica social postmoderna (desde el desencanto, a la instalación en la parcialidad y el descompromiso), no me parece posible confirmar esa conversión.

En el plano del discurso intelectual, su producción ha estado fundamentalmente preocupada por las tensiones entre modernización y modernidad (que sigue siendo, desde luego, un punto central de la agenda latinoamericana). En la producción artística, tanto los continentes como los contenidos, han seguido y/o mantenido la modernidad. En el plano más mundializado, la literatura, la

propuesta de lo mágico-real no es en absoluto equivalente al "todo vale"; porque si en lo mágico (moderno) por definición todo puede valer, el "todo vale" postmoderno no está referido a lo mágico. Finalmente, la producción de masas más de punta, el melodrama televisivo, muestra formas y narraciones atravesadas fundamentalmente por la tensión moderna.

En el nivel de la práctica social sí es posible encontrar desde muy antiguo un desencanto de la modernidad periférica... inmediatamente antes o después de una fase de goce apasionado de la misma. Se trata de una actitud moderna notablemente ciclotímica, referida también, por una vía u otra, a los momentos tensionales entre modernización y modernidad. Pero, como dice Brunner, tal desencanto procede más de una exasperación social respecto de esas tensiones, que de un abandono de la modernidad. Las encuestas sobre cultura política, por ejemplo, parecen mostrar el desencanto, al mismo tiempo que la esperanza de alcanzar algún tipo de comunidad. (37)

Ahora bien, apreciar que esta heterogeneidad característica no puede presentarse como postmodernidad anticipada, no tiene obligadamente que llevar a la conclusión de que la postmodernidad en América Latina es una nota bene. Ciertamente, habría que examinar cada plano de la cultura para develar el "contagio" postmoderno. Pero durante los ochenta me parece posible señalar algunas señales de tal fenómeno.

En el plano de la cultura política, si bien en un marco dominado por el impulso moderno (de hecho la pasada década esta recorrida por la lucha por la democracia en el subcontinente), pueden verse algunos signos postmodernos. De una parte, la práctica social de algunos sectores de jóvenes en las capitales más importantes, aunque éstos no tengan tanto peso relativo dentro del universo juvenil como en los países centrales, puesto que entre los jóvenes latinoamericanos, sobre todo en el sector

estudiantil, el compromiso político sigue teniendo un impulso considerable. También es posible encontrar signos de postpolítica en ciertas prácticas cupulares de la comunicación de masas .(38)

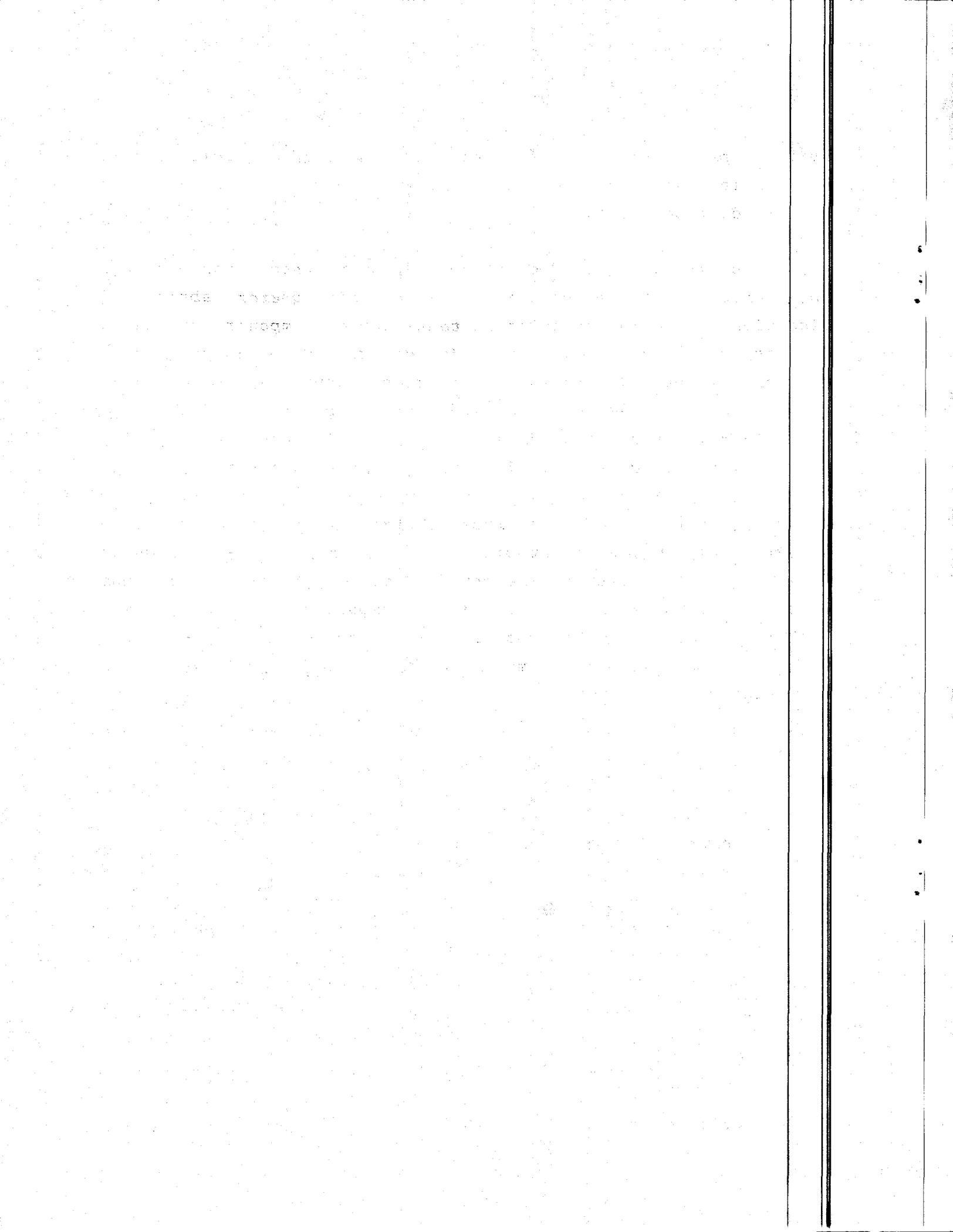
En la producción artística, especialmente a través de la plástica y las artes visuales pueden encontrarse muestras en los países más mundializados, como Brasil, Argentina y México. En este punto puede ser útil una visión comparada. A mi juicio, la heterogeneidad artística latinoamericana es aún fundamentalmente moderna, pero no entiendo por qué no podría ser un buen caldo de cultivo de la propuesta postmoderna. Existe un consenso acerca de que la heterogeneidad estilística norteamericana ha favorecido mucho la fórmula postmoderna. No me parece convincente rechazar esta posibilidad en el Sur, y ello sin necesidad de hacer traslaciones mecánicas, que olviden que las propuestas artísticas están en un contexto cultural más amplio, donde el discurso postmoderno puede tener menos base.

En el reciente discurso intelectual latinoamericano también pueden encontrarse elementos postmodernos. Para poner un ejemplo cercano, creo encontrarlos en el texto de Brunner que examinamos. Su apertura metodológica tiene bastante de eso. Recordemos la advertencia: "¿ es posible, entonces, escapar a las determinantes del propio campo del análisis cultural y ofrecer un relato (cualquiera) que asuma por el contrario la independencia de los fragmentos, la ausencia de identidades, la falta de principio de totalidad, y la carencia de una síntesis ordenadora de nuestras culturas?" (39)

Inmediatamente antes había subrayado su pérdida de fe en ninguna filosofía de nuestra propia historia cultural. "Por lo demás, carecemos hoy día de esos 'grandes relatos', cuyo fin vivimos como tragedia con el embalsamamiento de Marx y repetimos, como tragicomedia, con la celebración del fin de la historia banalizada por Fukuyama". Y cita seguidamente a Berger y

Goffman, para señalar la tendencia de las ciencias sociales a la conciencia individual y el equilibrio nacido de las interacciones a corta distancia. (40)

Criterios metodológicos claramente postmodernos, con los que, por cierto, se puede coincidir o no. Sin querer abrir otra discusión, no puedo resistir la tentación de componer una imagen al respecto. Tengo la impresión de que después de ciento cincuenta años de cretinismo teórico, convencidos de ir ya instalados en poderosos buses, cuyos potentes focos nos iluminaban la noche histórica... ni más ni menos que hasta el final del recorrido (la ciudad de la utopía moderna); cuando hemos llegado a la conclusión de que eso no era así, hay quien aconseja que lo mejor es apearnos, olvidarnos de las máquinas, y avanzar cada uno con su propia linterna de bolsillo en cualquier dirección. Cabría preguntarse por qué no es posible ser menos cretinos, reparar o cambiar los transportes y aceptar que sus potentes focos... apenas nos iluminan cien metros por delante. Tal vez así tengamos menos miedo a tratar de examinar globalidades y sentidos. (41)



6. CONCLUSIONES

Las conclusiones sobre esta discusión acerca de la modernidad y la postmodernidad en la cultura de América Latina, tienen diferente nivel de consistencia. Para facilitar su exposición pueden ser así enumeradas:

1. Existe suficiente evidencia de que hubo en América Latina algún tipo de cultura moderna previa a la sociedad de masas que se forma en torno a 1950. Si se usan (Brunner) ciertos parámetros de recepción (zona de residencia, analfabetismo, etc.), toda una subregión (Cono Sur) habría tenido esa cultura moderna cincuenta años antes, cuando comenzó el presente siglo. Esta cultura moderna-tradicional se caracterizó por ser predominante en un contexto donde los elementos protomodernos (modernos ad ovo) y premodernos eran patentes.

2. Sin embargo, si se elige un análisis cultural del continente cualitativo-estructural, esa cultura moderna-tradicional resulta la base sobre la que se desarrollan las naciones latinoamericanas desde su independencia, tanto por sus contenidos (implícitos muchas veces) como por sus sistemas de trasmisión masivos (producción escrita, radio, televisión). Esta cultura se extendía de las ciudades al campo, a través de factores específicos, como los ejércitos, la enseñanza pública, etc., y, en general, mediante la modernización económica y política.

3. Asimismo, si se conviene en que la modernidad es un proceso con varias etapas, y se acepta la idea (Berman) de que en Europa pueden identificarse tres (del quattrocento a fines del XVIII, de las Luces al último cambio de siglo, desde principios del XX), ese criterio de proceso mostraría en América dos fases: la referida al siglo XIX hasta principios del XX (modernidad-decimonónica-tradicional), y la que hace a la formación y desarrollo de la sociedad de masas (que tiene un calendario

diferente según países y subregiones de América Latina).

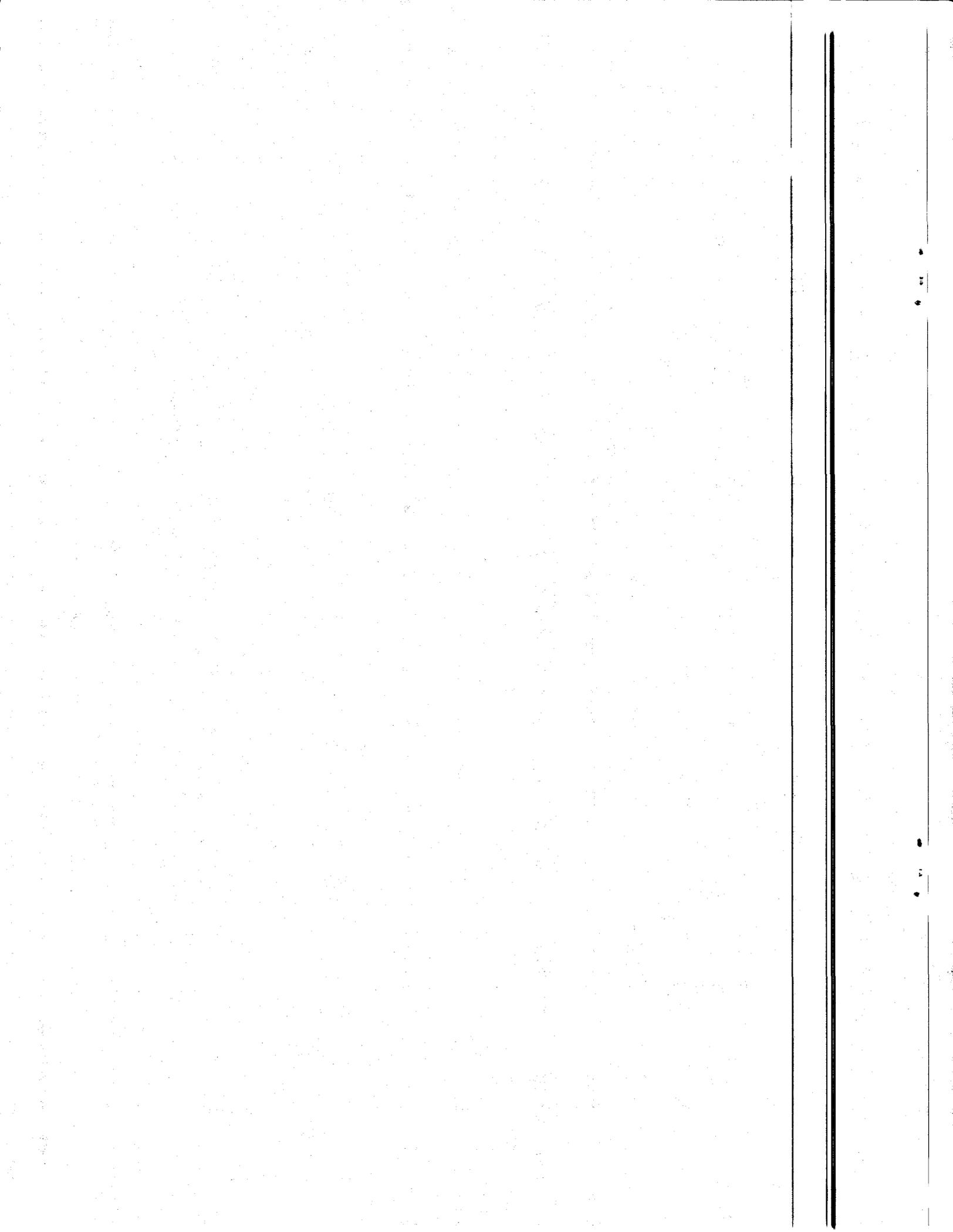
3. América Latina se independizó como extremo-occidente de un sistema cultural mundial, entre otras razones, porque no mantuvo una cultura milenaria para enfrentarla a la modernidad occidental, como sucedió con Asia o el Mundo Árabe, ni era un conjunto de culturas tribales cuando esa modernidad llegó, como pasó con el África Negra. Con esa preparación previa que fue la construcción durante tres siglos del mestizaje, lo que tuvo lugar fue una acentuada particularización de esa modernidad.

4. La característica de esa modernidad periférica fue la heterogeneidad cultural, no sólo en cuanto al solapamiento de subculturas, sino -con la sociedad de masas- al uso segmentado de los mensajes procedentes de la aceleración de la intercomunicación mundial. En ese contexto, las ideas culturales de Macondo y el énfasis de la diferencia con el Norte, no niegan la modernidad, pero valorizan las particularidades de la modernidad latinoamericana.

5. Esta heterogeneidad moderna no puede identificarse con el fenómeno cultural de la postmodernidad, tal y como ésta se manifiesta en los centros mundiales: crítica global a la modernidad (en el sentido de su agotamiento) e instalación en la deconstrucción de esa modernidad, en los distintos planos de la cultura (artística, política, etc.).

6. En cuanto al peso que podrá tener la propuesta postmoderna en la región, la conclusión no puede ser más que tentativa. Ello va a depender de muchas variables, una de ellas, la fuerza con la que se afirme esa propuesta a nivel mundial. Porque si hace tiempo que sabemos (Berman cita a Marx) que todo lo sólido se evapora en el aire, es difícil asegurar que puede pasar con algo que todavía se considera en estado blando. En todo caso, aunque no fuera más que una moda pasajera, habría tenido ya el mérito de

afectar a más de un buen productor cultural latinoamericano.



NOTAS:

- (1) Anderson, Perry, "Modernidad y Revolución", y Berman, Marshall "Las señales en la calle. Respuesta a Perry Anderson", en Leviatán, N.14, Madrid, 1984.
- (2) Brunner, José J., Tradicionalismo y Modernidad en la cultura latinoamericana, Documentos de Trabajo, Ed. y Cult.N.4, FLACSO, Santiago, 1991.
- (3) En torno al macondismo, Brunner menciona a Calderón, Fernando, "Identidad en tiempos mixtos o cómo pensar la modernidad sin dejar de ser boliviano" y a Quijano, Anibal "Modernidad, identidad y utopía en América Latina", ambos en Imágenes Desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna, CLACSO, Buenos Aires, 1989. Como exponente del diferencismo, cita a Octavio Paz y sus distintas obras, especialmente El Ogro Filantrópico, Mortiz, México, 1979. Citados en Brunner, Tradicionalismo, Op. cit. p.22.
- (4) Brunner, J.J., Idem, pag. 5.
- (5) Brunner, J.J., Chile: Transformaciones culturales y modernidad, FLACSO, Santiago, 1989, pag. 21.
- (6) Harris, Marvin, La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica, Alianza, Madrid, 1981.
- (7) Brunner, J.J., Los debates sobre modernidad y el futuro de América Latina, Documento de trabajo, N. 293, FLACSO, 1986.
- (8) Brunner, J.J., Tradicionalismo y..., Op. cit. p. 41.
- (9) Idem, p. 34.
- (10) Idem, p. 11.
- (11) Brunner, J.J., El espejo trizado, FLACSO, Santiago, 1988, p. 247.
- (12) Brunner, J.J., Tradicionalismo y..., Op. cit., p.9.
- (13) Berman, Marshall, Todo lo sólido se evapora en el aire. La experiencia de la modernidad, Siglo XIX, Madrid, 1988, pp.2 y 3.
- (14) Brunner, J.J., Catalán, Gonzalo, Cinco estudios sobre cultura y sociedad, FLACSO, Santiago, 1985, pp. 30 y 31.
- (15) Idem, p. 20.
- (16) García Canclini, Néstor, "Narciso sin espejos", en AA.VV. Imágenes Desconocidas. La modernidad en la Encrucijada

postmoderna, CLACSO, Buenos Aires, 1989, pag. 50.

(17) Brunner, J.J., Tradicionalismo y... Opus cit., p.31.

(18) Idem, p.33.

(19) Gomáriz, E. El Estado en las formaciones sociales dependientes: el caso de América Latina, Ed. Presencia Universitaria, Lisboa, 1976.

(20) Para examinar cómo esa tensión se plantea en las últimas dos décadas y hacia el futuro, ver Lechner, Norbert; Son compatibles modernidad y modernización? El desafío de la democracia latinoamericana, FLACSO, Documento de trabajo 440, Santiago, 1990.

(21) Es necesario recordar que la actividad militar fue el vehículo más poderoso de la modernidad durante los siglos XVIII y XIX, tanto en Europa como en América. Los jefes militares fueron líderes de la Ilustración, y sus combates, fueran por el motivo que fuere, tenían como banderas las de la modernidad. Es curioso como en América Latina la actividad militar durante el XIX fue considerable y, sin embargo, hoy los analistas de la cultura no mencionan esta función. Para examinar cómo y cuándo se produce el cambio de los ejércitos, de abanderados de la modernidad a defensa conservadora del status quo, ver Gomáriz, Enrique, Notas sobre los orígenes del poder militar en España, Documento de Trabajo, Contribuciones. N. 32, FLACSO, Santiago, 1985.

(22) No quiero afirmar con esto -sería mala fe- que Brunner sostenga que el capitalismo no era dominante en las sociedades del XIX, pero el no mencionar el tema y sí hacerlo a partir de los años cincuenta, puede dar lugar a confusiones que es mejor aclarar.

(23) Morandé, Pedro, "Evangelización de la cultura y modernización", Comunio, año III, n.13 1985, citado por Brunner, J.J., en Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina, FLACSO, Documento de trabajo, N.293, Santiago, 1986.

(24) Brunner J.J., "Entonces, ¿existe o no la modernidad en América Latina", en Imágenes Desconocidas, Op.cit., p.98. (la compilación de las ponencias al encuentro de CLACSO). Texto que Brunner incorporó a El espejo trizado, Op. cit, (p. 253).

(25) Así lo indica: "Dicho discurso sirve aquí para cuestionar las formas previas del idealismo local: esto es, la propensión a pensar el futuro como el producto mental de utopías ideológicas". Brunner, J.J., Tradicionalismo... Op.cit. p.42

(25) Así lo indica: "Dicho discurso sirve aquí para cuestionar las formas previas del idealismo local: esto es, la propensión a pensar el futuro como el producto mental de utopías ideológicas." Brunner, J.J., Tradicionalismo... Opus cit. p. 42.

(26) Richard, Nelly " ¿Cómo atrevernos a discutir sobre postmodernidad en América Latina? ", en revista Literatura y libros del diario La Epoca, Santiago, 7 de abril de 1991.

(27) Un intelectual talentoso sabe que no debe lanzarse a usar esas novedades del centro, a no ser que la situación realmente se lo exija. Porque el arte de introducirlas consiste en: 1) mirar en público con curiosidad pero sin apasionamiento el tema nuevo de que se trate; 2) estudiarlo a fondo en la intimidad; 3) ir introduciéndolo discretamente y con una presentación muy latinoamericana, pero antes que el resto de los colegas.

(28) Brunner, J.J., Los debates sobre modernidad y el futuro de América Latina, Documento de FLACSO n. 293, Sgo. 1986. La cita referida es Jameson, Frederic, " Postmodernismo y sociedad de consumo" en la compilación de Hal Foster: La postmodernidad, Ed. Kairós, Barcelona, 1985.

(29) Baudrillard, Jean, "El éxtasis de la comunicación", en Hal Foster, op.cit.p.183; así como Las estrategias fatales, Ed. Anagrama, Barcelona, 1984, pp.68-69; citados por Brunner, J.J. en Los debates sobre modernidad ...Op.Cit. p.11.

(30) Lechner, Norbert, "Ese desencanto llamado postmoderno", en Imágenes desconocidas...Op. cit.

(31) Como se sabe, el clásico de esta óptica es, Bell, Daniel, Las contradicciones culturales del capitalismo Alianza Universidad, Madrid, 1977.

(32) Quizás uno de los elementos que más contribuyeron a paneuropeizar esta crítica fue la campaña END (European Nuclear Disarmament), que reunió durante los ochenta sus diferentes agentes por todo el continente (desde la Bertrand Russel Foundation hasta los verdes y alternativos alemanes). Como miembro de su Comité de Enlace, desde su constitución hasta 1987, fui testigo y participe de ese proceso cultural, que se expresó, por ejemplo, en proyectos como la revista de análisis Tiempo de Paz. Un reflexión sobre cómo esta crítica cambiaba la perspectiva (moderna) de la izquierda, puede verse en Gomáriz, Enrique, "Por la reconversión ideológica de la izquierda", en Leviatán, N.17, Madrid, 1984.

(33) Vega, Juan Enrique, "Entre la fragmentación y la política" en Imágenes desconocidas... op.cit. p.29.

- (34) Brunner, J.J., Los debates sobre modernidad... Op.cit.
- (35) Idem. p.21.
- (36) Una interesante trasgresión -o democratización podría decirse- propiamente criolla, me pareció el acceso de la marginalidad social chilena a la producción literaria durante el desarrollismo. Ver Gomáriz, Enrique, "La otra marginalidad" en revista Literatura y Libros del diario La Epoca, Santiago, 1990.
- (37) Una intuición en tal sentido puede verse en Lechner, Norbert, A la búsqueda de la comunidad perdida, Documento de Trabajo, Est. Políticos, N.2, FLACSO, Santiago, 1991.
- (38) Sobre uso de signos postpolíticos ver Sarlo, Beatriz, "Basuras culturales, simulacros políticos", en Revista de crítica cultural, N.2, Santiago, 1990.
- (39) Brunner, J.J., Tradicionalismo y modernidad... Op.cit., p.4.
- (40) Idem. p. 4. Los autores citados son Berger, L.Peter and Luckman, Thomas, The Social Construction of Reality, Penguin University Books, 1971; y Goffman, Ervin, Frame Analysis, Harper & Row, 1974. Nótese que son trabajos de principios de los setenta. Sobre la vuelta de la teoría social al uso más práctico de los grandes relatos, véase Alexander, Jeffrey, "La centralidad de los clásicos" en Giddens, Turner y otros, La teoría social hoy, Alianza, México, 1990.
- (41) En todo caso, la dirección del camino y su destino también han cambiado: a la ciudad mejor no se llega -como pensó Marx- por la extensión infinita de la modernización, sino mediante el intento de combinar esa cultura con la referida al manejo moderno de la modernización (o la brutal estrechez de un mundo que nos obliga cada vez más a soluciones comunes). Tal vez es que estamos ante una nueva paradoja: la explosión del mito de las parcialidades, precisamente cuando la propia biosfera nos pide algún acuerdo básico. ¿O simplemente es que me afectó la noticia de que Santiago ha caído ya bajo el agujero de ozono? Por cierto, un hueco que cada día abren no los santiaguinos, sino esos bípedos que circulan por el Norte y el Sur de este sufrido globo.

